



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 18100

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses 11 25 id.—La suscripción se contará desde 1.º de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYORES

JUEVES 13 DE MARZO DE 1902

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

DESIGUALDADES

Una noticia bien triste que ya conocen todos los españoles, va á inspirar este artículo.

Antonio Vico, el actor más genial, en mi concepto, el único artista que hemos conocido en la acción dramática, no existe ya. Ha reñido el tributo que todos debemos á la tierra. No le volveremos á escuchar sus acentos, dulces unas veces, áridos otras, completamente cómicos ó eminentemente trágicos, no resonarán en nuestros oídos y tampoco podrán en vibración nuestro sentimiento. La tensión nerviosa que en nosotros se estableció, llegándonos á producir dolor en el alma, cuando el gran actor moría en escena, no volveremos á experimentar.

Después de verle morir en «El Galeoto», «La Muerte Civil», «Vida alegre y muerte triste», quedaba el espectador tan sujestionado, que necesitaba salir inmediatamente del teatro y respirar el aire libre, á fin de quitar á sus pulmones la pesadumbre que sentían, la angustia que les ahogaba, y deshacer el nudo formado en su garganta por el llanto que caía en su corazón en vez de verterlo por los ojos.

Aquel tipo, propio de la agonía; aquella cara que tomaba el aspecto hipocrático; aquellos ojos que se veían, como sucede en los que de veras agonizan, tal vez aquella lágrima que se desprendía de sus párpados, cual sucede al moribundo cuando pasa del ser al no ser; eran tan verdad, que apoderándose del espíritu del espectador, le aprisionaba entre las redes del arte sublime y la torturaba á su gusto,

hasta rendirlo de tal modo, que el silencio más absoluto se apoderaba del público, y ese silencio era el aplauso más sublime que al genio se le podía tributar.

Era en aquellos momentos el ser absoluto que imponía su férrea voluntad á sus admiradores, y los dominaba como el hombre llega á dominar á la fiera.

Era el hipnotizador, que apoderándose del sujeto, le decía duerme y su voluntad le imponía el sueño. Vico decía al público: admiradme, y el público quedaba extasiado contemplando tal maravilla de imitación, y el espléndido talento del artista.

Era el sol que alumbraba nuestra escena, y cuando sobre ella se alzaba el coloso, el murmullo de admiración del público, semejaba al alegre pjarillo, que extendiendo sus alas para que en ellas refleje la luz el astro rey, cruza la atmósfera con raudos vuelos; cuando llegaba la hora de fingir la muerte, el público se estremaba también al pajarillo, que al declinar la tarde, cuando el horizonte se tinte de reflejos rojos y violáceos, busca el frondoso árbol donde pasa esas horas de tristeza, y los ruidos se apagan lentamente, hasta parecer el mundo inmenso cementerio. Ese era Vico.

No era un actor, era un artista. Como lo ha dicho: lo sublime es la ausencia de todo límite, y el talento de Vico no tenía límites.

El arte, como todo, tiene reglas fijas; pero este es el arte preceptivo. El artista debe buscar la belleza fuera de lo que se ve: la debe sentir en su alma. El artista busca lo supra sensible Fídias, haciendo una estatua, no tenía modelo porque la belleza ideal la veía en su espíritu. Miguel Angel decía que

desplegando las alas para elevarse al cielo, de donde había bajado, el alma no se detiene en la belleza que seduce los ojos, sino que en el sublime vuelo trata de llegar á lo bello universal.

El arte, es pues, la expresión de la belleza, y como ésta es un concepto trascendental, no hay arte alguno que pueda comprenderla toda.

Ahora bien, y puesto que todos somos iguales, según las teorías modernas, ¿por qué todos no han llegado á ser Vico?

El gran Julian Romea, el coloso de la comedia, huyo siempre de hacer el drama trágico. En cambio nadie le ha imitado en el «Sullivan» cuando tenía que fingirse ebrio.

Rafael Calvo, con su decir admirable, con su conocimiento escénico, con su gran talento, estudiaba el personaje que representaba, le concebía en sus más nimios detalles, y veíamos á Rafael del mismo modo, magistral siempre, pero siempre igual, cuando hacía «La vida es sueño», «Don Alvaro», «El Galeoto», «En el seno de la muerte». Era el de Rafael Calvo, el arte adquirido por el estudio, por la constancia, por el trabajo.

Valero, otro nombre que figurará en primera línea en el arte dramático, hizo de igual manera el drama y la comedia, pero siempre íbamos á escucharle, del mismo modo. No varió un ápice haciendo «La Carcajada».

Lo mismo podemos decir de Arjona, Ossorio, Catalina, Delgado y tantos otros.

Cuando se iba al teatro á escuchar á Vico, íbamos en busca de la sorpresa, de lo inesperado, de lo nuevo, de lo ignorado. Su genio artístico, se revelaba en el momento mismo en que su voluntad quería:

era tan dúctil, tan maleable su talento, que cuando él quería y como si lo tuviese sujeto á su voluntad, arrancaba un aplauso al público allí donde todos pasaban desapercibidos.

¿No eran todos los citados, figuras de primer orden? ¿Cómo no conseguían producir igual sensación en todos los pasajes de una obra? Porque sus dotes artísticas no eran iguales; sus facultades de sentir eran distintas; los unos estudiaban las obras buscando el fin trascendental del autor. Vico las estudiaba buscando el ideal de la belleza.

Vico no ha repetido en su larga carrera artística una frase, dicha del mismo modo, ni con igual entonación. Cuando aparecía en escena, entonces brotaba en su alma la inspiración como si al ponerlo en contacto del público, fuese el contacto del cual brota la chispa eléctrica. Le sucedía lo que á la electricidad, está latente en todos los cuerpos, hasta que una fuerza externa la pone de manifiesto.

¿Nos empeñamos todos en ser Vico? ¿Cuan pocos llegaremos á imitarle! Igualarles jamás. Sin embargo, no negaremos que puede aparecer quien le sobrepuje.

Pues bien comprendiendo nuestra desigualdad, sin dejar de tenerla presente, empeñemosnos todos, en llegar á ser, lo que han sido las primeras figuras, en las artes, y en las ciencias, y aunque sólo alguno llegue y resulte un genio, habremos logrado un fin sublime, el que con los esfuerzos individuales la sociedad habrá marchado y el progreso se habrá realizado.

CKUB

TIJERETAZOS

Dice el «Nacional» en un largo artículo titulado «León Tolstói en Madrid.»

«Ha estado el notable novelista en Madrid ocho días y no se han enterado de su presencia los repórteres ni el gobernador civil.»

Ahora que ya no está puedo contar este viaje.»

Eso quisiera él, estar en Madrid aunque se enterase el gobernador.

Entre la mirada de la policía y el leche del dolor, no duda nadie, llamas León Tolstói ó Lucas Gómez.

Ahora bien: ¿Tiene seguridad el colega de que no le han engañado sus ojos?

Porque...

Leyendo «El Liberal», leo esto,—que se parece muy mucho á lo copiado más arriba—en un artículo titulado «Marcel Prevost en Madrid.»

«Ha estado el notable novelista en Madrid ocho días, y no se ha enterado nadie de su presencia.»

¿En qué quedamos? ¿Era León Tolstói ó Marcel Prevost ó no era ninguno?

También pudiera ser.

Leroux ha explicado en el Congreso la doctrina anarquista.

Y ha dicho en primer término que los propagandistas por el hecho son unos perturbadores.

Y á renglón seguido manifestó que el anarquismo no quieren leyes ni gobiernos. Vamos, si un paraíso terrenal con muchos habitantes.

Renunciamos generosamente á vivir en ese paraíso.

Don Melquiades tiene mucha razón. Si esas locuras se propagan y siguen perturbando la tranquilidad del país y amenazando la de Europa, no será extraño que nos envíen las potencias un recordatorio.

Y quiera Dios que no pase de ahí.

Pregunta un periódico, hablando de la victoria última alcanzada por Delarey en el Transvaal.

¿Qué harán con Methuon?

Los boers, libertarlo después de curarlo y asistirlo.



Probad el Licorero de HENRI GARNIER y C.



66 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

Las lágrimas de Anulia, impresionaron al tobeque que la juzgaba buena y afectuosa y sintióse cortado junto á ella aun cuando deseaba estar siempre á su lado.

Durante la cena, habló del miedo de Anulia con gran benevolencia y la sirvió como un noble caballero á la dama de sus pensamientos.

El anciano Matzko, aunque preocupado por más graves asuntos, observó lo que ocurría entre el tobeque y la camarera.

Después de cenar Glava besó la mano á Jaghenka y á Anulia.

—No temáis por mí ni tampoco por vos, pues yo os defenderé,—dijo Glava.

Ambas jóvenes retiráronse á su alcoba, y por la noche Jaghenka que advirtió que su camarera no dormía, le dijo:

—Anulia.

—¿Qué quieres?

—Creo que no duermes. Me parece que quieres al tobeque. ¿Lo adivinas?

Aquella pregunta no obtuvo respuesta y Jaghenka le repitió:

—¿Antes levantándose Anulia de su lecho, fué al de Jaghenka y le abrazó estrechamente, besándose ambas jóvenes con efusión,

La duña de Zgogelits repía:

—¿También yo comprendo el amor!

65 LOS CRUZADOS

—Pues entonces...
—Lloraba de miedo.
—¿Y ahora no lo tienes?
—No, porque ya habeis vuelto.
El tobeque mirándola expresivamente dijo:
—¿Que tontería!
—No os burléis de mí,—murmuró en voz baja Anulia.

Y la verdad es, que nadie hubiera dicho que la camarera fuera torpe, ni que Glava la juzgara así. Había advertido la simpatía con que ella le miraba y como el tobeque era buen mozo y fogoso, miraba con pasión el blanco cabello de Anulia y su figura esbelta y de opulentas formas, preguntándose á veces, si no sería el diablo en persona quien tomó el aspecto de aquella niña, que se mostraba obediente y dócil y cantaba y reía como los pajarillos entre la verde fronda.

Un día, hallándose lejos del resto de la comitiva, Glava le dijo:

—A vuestro lado, parezco un lobo junto al cordero.

Anulia sonrió, mostrando con coquetería sus menudos dientes, preguntándole:

—¿Os apetece?

La mirada de ambas jóvenes se encontró.
La muchacha ruborizóse, su corazón estaba conmovido y el de Glava latía con pasión vehemente.

62 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

Este, dicen que es noble, y á los nobles no se les debe rebusar comida.

—¿Quién es noble?

—El diablo.

Por la tarde, Matzko le nó una taza de miel y la puso junto á la puerta. Al día siguiente, la miel había desaparecido.

Las otras personas de la comitiva, no hicieron caso de aquel acontecimiento, y el tobeque sonrió, pero Matzko, opinaba que el paso á través de la selva, se realizaría sin peligro alguno.

Varios criados á quienes Matzko propuso que fueran á explorar el bosque, negáronse á ello, por temor á toparse con el enemigo malo; pero el tobeque, siempre arrejado y queriendo complacer á su amo, brindó á explorar la selva tomando la precaución de llevar consigo sus armas.

El sol resplandecía con toda su fuerza meridiana y Glava no volvía, á pesar de que partió al apuntar la aurora.

Uno de los criados, que era muy supersticioso, afirmaba que no volvería más, y que los diablos le habrían hecho ya picadillo.

Terminada ya la día cuando el tobeque volvió, pero no sólo, sino trayendo por delante á un hombre vestido de piel de lobo, y al lado de sus botas, un quepobli-gaba á andar.